

Lothar-Günther

BUCHHEIM

**Das
Boot
SUBMARINO**

Submarino no es un simple libro de aventuras, ni de memorias, ni un canto al heroísmo del hombre. Es la angustiada descripción, viva y real, de las tinieblas de la guerra submarina, en un mundo que sólo han podido conocer los pocos seres humanos que lo vivieron. Cuando la torre del submarino logra reaparecer en la agitada superficie del mar, agitada por la tormenta, es como un nuevo nacimiento de la Tierra. El autor, que sufrió personalmente la experiencia, ha volcado toda su maestría literaria en el más alto nivel de la épica creadora. *Submarino*, «best seller» absoluto en Alemania, ha sido saludado por la crítica de otros países europeos y de los Estados Unidos, como la novela más sensacional de la posguerra escrita por un alemán, sólo comparable a *Sin novedad en el frente*.

Este libro es una novela, pero no una obra de ficción. El autor ha vivido las experiencias que aquí se relatan; son la suma de las vivencias a bordo de un submarino; a pesar de lo cual, los distintos personajes no son retratos de persona alguna, viva o no.

Las operaciones llevadas a cabo por el submarino del que trata este libro se produjeron en el otoño y en el invierno de 1941. Por aquella época comenzaba la retirada en todos los frentes; por primera vez, las tropas del Ejército habían sido detenidas, pocas semanas después de la batalla de Kiev; en África del Norte, las tropas británicas habían tomado la ofensiva; los Estados Unidos preparaban la ayuda para la Unión Soviética, tomando parte en la guerra a partir del ataque japonés a Pearl Harbor.

De los 41.000 alemanes que tripulaban submarinos, 26.000 no volvieron jamás de la Segunda Guerra Mundial.

BAR ROYAL

Desde el alojamiento para oficiales en el hotel Majestic hasta el bar Royal la calle corre pegada a la costa, formando una curva larga y abierta de cinco kilómetros. La luna aún no ha salido; sin embargo, la calle se puede reconocer como una pálida cinta.

El comandante pisa el acelerador a fondo, como si estuviera en una pista nocturna; pero de pronto debe frenar; los neumáticos chillan. Frenar, levantar el pie, frenar fuertemente otra vez. Sin que el automóvil pierda el control, el viejo consigue que se detenga; la causa: un muchachón cimbreante, con uniforme azul. Gorra de sargento primero. ¿Qué seña lleva en la manga?... ¡Submarino!

Está parado junto al cono de luz de nuestros faros, gesticulando; no podemos ver bien su rostro. El comandante quiere recomenzar la marcha lentamente, pero el individuo se pone a canturrear y a golpear sobre la parte delantera del coche.

Una pausa. Y otra vez su cancioncita, acompañada por otro solo de tambor.

Al comandante se le arruga la cara; falta poco para que explote. ¡Pero no, prefiere poner la marcha atrás! El coche pega un salto, de manera que casi me doy contra la ventanilla.

Primera. Curva cerrada. Chirrido. Segunda.

—Este era nuestro número uno —me dice el comandante—, está lleno hasta la mandíbula.

El ingeniero jefe, que está sentado detrás de nosotros, farfulla palabras ininteligibles.

Todavía no hemos vuelto a la normalidad cuando tenemos que frenar otra vez; pero ahora el comandante puede tomarse más tiempo; desde lejos se ve venir una hilera zigzagante: por lo menos diez hombres cortan la calle. Son todos marineros. Al acercarnos veo que todos llevan las braguetas abiertas exhibiendo el miembro.

El viejo los alerta con las luces; la hilera se abre y pasamos por un pasillo lleno de orina.

—A esto lo llaman regadera.

—Son todos de nuestro submarino.

Desde atrás se oyen los gritos de la hilera.

—Los otros deben de estar en el burdel —dice el comandante—. Hoy puede pasar cualquier cosa allí.

En mil metros a la redonda no se ve nada; luego pasa una doble hilera de gendarmes.

—Esperemos que mañana temprano no nos falte nadie —la voz viene desde atrás—. Cuando éstos se emborrachan son imparables.

—¡Ni siquiera reconocen a su propio comandante! ¡Buena pieza!

La velocidad aminoró.

—Hay que reconocer que yo no soy el más fresco —espetea el comandante hacia atrás—; primero el entierro de esta mañana, ese marinero que murió en el ataque aéreo de Châteauneuf; y durante el entierro otro ataque más; ¡eso no se hace!; ¡durante un entierro! Fueron muchas fiestas para un solo día.

—¿Y qué más hubo? —le pregunto al viejo.

—Hoy nada más. Pero el fusilamiento de ayer todavía lo tengo en el estómago; desertión, un caso claro; un maquinista diesel de diecinueve años; no hablemos de eso; y después, por la tarde carnearon un cerdo en el Majestic; creo que quisieron darnos una alegría; pero fue una sopa que no le gustó a nadie.

El viejo frena frente al edificio donde, en letras de un metro de alto, se lee bar Royal; es una construcción de ce-

mento con forma de barco, en el cruce de la calle costanera con otra que sale de un bosquecito. Una serie de ventanas remedan el puente de mando.

En el bar Royal trabaja Monique; es una alsaciana de pelo negro, ojos oscuros y grandes pechos, que no habla más que su dialecto.

Aparte de ella, sirven de atracción tres camareras con blusas transparentes y una orquesta de tres hombres, descoloridos y temerosos, salvo un mulato al que parece divertir la cosa.

La Organización Todt hizo pintar el local; ahora es una mezcla de fin de siglo y Casa del Arte Alemán; las pinturas que hay sobre el estrado de la orquesta representan los cinco Sentidos o las Gracias. ¿Cinco Gracias-tres Gracias? El jefe de la flotilla volvió a quitarle el local a la Organización, con razones tales como «los tripulantes de un submarino necesitan divertirse», «los oficiales de un submarino no pueden estar continuamente en el burdel», o «necesitamos mejor atmósfera para nuestra gente».

La mejor atmósfera en cuestión es un par de alfombras desflecadas, sillones de cuero hundidos y lámparas con pantallas rojas en las paredes.

El comandante mira primero a su alrededor, y se imagina sentado a una mesa, con mirada de beatitud, la barbilla contra el cuello, la frente dura; después coge desmañadamente un sillón para él, se deja caer pesadamente y estira las piernas. Clementine, la camarera, llega pronto, al trote, con los pechos saltando, y, el viejo pide cerveza para todos.

Aún no ha llegado la cerveza cuando de pronto la puerta se abre ruidosamente; un grupo de cinco hombres hace su entrada: según las jinetas son todos tenientes generales; les siguen tres tenientes primeros y un teniente; tres de ellos llevan gorras blancas: son comandantes.

A contraluz reconozco a Flossmann; es un individuo poco simpático, ancho, rubio. Los otros dos son Kupsch y Sta-

ckmann, los inseparables, repletos de historias de burdeles desde su última licencia en París.

El viejo chilla: —Como sigamos en este tren dentro de una hora la plana mayor de la flota submarina estará aquí; me pregunto cómo es que los Tommies no han practicado todavía una operación comando en este local, tan cerca del agua como estamos; si quisieran nos podrían cazar fácilmente con un lazo; hoy por ejemplo sería una bonita noche para eso.

El viejo no tiene ni el angosto rostro de un héroe, ni la figura que aparece en los libros de cuentos; tiene, más bien, la figura de un hombre honrado, de pesados movimientos.

El dorso de su nariz se angosta por la mitad, se dobla hacia la izquierda y vuelve a ensancharse; sus ojos color azul claro están escondidos debajo de las cejas, unidas por la tensión a que están continuamente sometidas; casi siempre sus párpados se juntan, de manera que en las sombras sólo se reconocen dos finas líneas a cuyos extremos se desparrama un manojito de arrugas. Su labio inferior es relleno, su mandíbula fuerte; a veces se le llena de manchitas coloreadas. Las formas rudas confieren seriedad a su rostro; quien no conoce su edad le da alrededor de los cuarenta, aunque tiene diez años menos; es mucho más joven que la generalidad de los comandantes, pero ya a los treinta es un viejo.

No es amigo de grandes palabras; arrancarle una sola cuesta trabajo; por lo general, nos comunicamos con un gesto monosilábico: conversación tangencial; la cosa es no referirse a nada por su nombre. Un ligero tono de ironía, un ligero movimiento de sus labios, alcanza para que yo entienda qué quiso decir.

Hoy es nuestra última noche en tierra; en la charla continuamente surge nuestra mayor preocupación: ¿nos irá bien?, ¿lo lograremos?

Trato de convencerme: el viejo, un hombre de primera clase, no se conmueve por nada; no escapa ni tampoco salta encima del problema; da confianza; ha estado incluso en barcos de vela; *siempre salió bien de todas, desde puertos para doscientas mil toneladas, llenos de barcos, hasta de la peor estrechez.*

Mi pullóver será muy necesario si tenemos que partir hacia el Norte. Será mejor que Simone no venga al puerto; no trae más que complicaciones; los del cuerpo de seguridad nos acechan como linceas, lo hacen por envidia, seguramente. Los guardias del almirante Dönitz.

¿Hacia dónde iremos esta vez? Ni idea, probablemente hacia el Atlántico central; hay pocos submarinos allí. Fue un mes malo; se defienden mejor, los Tommies parecen haber aprendido algo más, se volvió la página; los convoyes están mucho mejor defendidos. Prien, Schepke, Kretschmer, Endrass: todos fracasaron contra los convoyes; todos ahogados, salvo Kretschmer; y casi todos por la misma fecha, en marzo; la cosa con Schepke fue fea en verdad: se quedó enganchado... Muchos de aquellos ases ya no existen. Endrass tenía los nervios acabados. Pero el viejo todavía está intacto: tranquilo, introvertido; no se emborracha hasta acabarse a sí mismo; parecía un hombre realmente descansado, por la forma en que ahora está ahí sentado, pensando.

Tengo que ir al baño; una vez allí, escucho hablar a dos oficiales de guardia; son gente del submarino de Merkel. Borrachos.

Vuelvo a la mesa. Nuestro ingeniero jefe se aferra al vaso, el brazo estirado. Un hombre completamente distinto del viejo; parece un español, con sus ojos negros y su barbita en punta; como salido de una pintura del Greco: un tipo nervioso, que conoce su trabajo desde la A hasta la Z; veintisiete años, mano derecha del comandante; siempre estuvo con él; se entienden casi sin hablar.

—¿Dónde está nuestro segundo oficial...? —quiere saber el viejo.

—A bordo; todavía tiene guardia, pero quizá venga después.

—En fin, alguien tiene que hacer el trabajo —dice el viejo—. ¿Y el primer oficial?

—En el burdel.

—¿Ese en el burdel? ¡Si es para reírse! —responde el viejo—. Seguramente escribió ya su testamento; siempre tiene todo en orden.

El viejo no pregunta por el estudiante de ingeniería que debe reemplazar al ingeniero jefe después de esta salida. Es decir que seremos seis oficiales: demasiada gente para ese bote.

—¿Dónde se quedó Thomsen? —pregunta el ingeniero jefe— Ese no nos puede fallar.

Thomsen, comandante y desde hace muy poco tiempo condecorado, rindió su informe hoy por la tarde. Hundido en un sillón de cuero, con las manos en posición de orar, la mirada fija en la pared de enfrente:

—«...entonces fuimos bombardeados durante tres cuartos de hora. Inmediatamente después de la detonación nos mandaron seis u ocho bombas, muy cerca del submarino, a más o menos sesenta metros de profundidad. Pasó una hora, y vino otra serie; fue de noche, entre las veintitrés y treinta y la una de la mañana; nos quedamos sumergidos y luego reptamos, lentamente, hacia arriba; por último salimos a la superficie y perseguimos al convoy. A la mañana siguiente, un destructor pareció enfilar hacia nosotros.»

«Había viento y estaba nublado, muy a propósito para un encuentro en la superficie. Volvimos a sumergirnos y nos preparamos para el ataque; ¡Fuego! Fallamos. Otra vez. El destructor tenía poco alcance; trataron de responder, pero entonces dimos en el blanco.»

«Luego nos dedicamos a seguir al convoy, hasta que recibiéramos la orden de volver... Al segundo convoy nos lo anunció Zetschke, mantuvimos distancia mientras dábamos

a conocer nuestra posición; a eso de las dieciocho horas lo alcanzamos. Buen tiempo, muy nublado».

Thomsen hizo una pausa.

—¡Qué notable! Todos los éxitos los tuvimos en días en que alguno cumplía años. ¡Realmente notable! La primera vez, cumplía años el gasolero, y así sucesivamente.

Su submarino traía cuatro banderines en el periscopio al emerger esta mañana: tres blancos por otros tantos barcos mercantes hundidos y uno rojo por el destructor.

La voz ronca de Thomsen sonó como un ladrido por encima del agua oleosa:

—¡Stop ambas máquinas!

El submarino siguió hasta el amarradero por su propia inercia; apareció de pronto saliendo de esa salsa oleosa, como un jarrón con flores descoloridas; al acercarse, las flores se fueron transformando en caras pálidas, cansadas, de ojos hundidos y ojerosos, con brillo afiebrado algunos; la ropa de color gris sucio, dura de sal; mechones de pelo sobre los que las gorras apenas se sostenían. Thomsen parecía verdaderamente enfermo: enflaquecido, las mejillas hundidas; su sonrisa se había helado.

Cuando saludó a gritos, anunciando la vuelta del enemigo, lo recibieron con vivas.

El viejo lleva la chaqueta raída, y quiere demostrar con eso su desprecio por los que hacen gala de su vestimenta; la pechera de la chaqueta hace mucho que dejó de ser azul, ahora tira al gris, gris plomizo de tanto polvo y manchas; los botones, antaño dorados, están oxidados hasta el verde musgo. También la camisa tiene un color indefinido, algo así como un gris azulado con tonalidades lilas. La cinta con los colores de Alemania, negro, blanco y rojo, de la que cuelga la Orden que le otorgaran, no es más que un cordón arrugado.

—Ya no es como antes —se queja el viejo, observando una rueda de jóvenes oficiales en el centro del local—, aho-

ra vienen los héroes de la gran boca.

Desde hace un tiempo se diferencian en el local dos grupos: los «viejos», como se autodenominan el viejo y sus camaradas, y los «jóvenes», los mundanamente formados, los que creen en el Führer y tienen la victoria en su mirada, los «que endurecen la mandíbula», como dice el viejo, los que delante del espejo practican miradas amenazantes à la *Bella Donna*, pero que se hacen encima sin necesidad, los que sólo porque está de moda caminan duros, con el peso del cuerpo ligeramente hacia adelante.

Miró fijamente hacia esta convención de jóvenes héroes como si la viera por primera vez. Voces de pito. Hinchados por la conciencia elitista y con vocación de mando hasta más no poder. No tienen en la cabeza otra cosa que: «El Führer te observa, nuestra bandera es más que la muerte».

Hace catorce días uno de ellos se suicidó en el Majestic, sólo porque había contraído la sífilis. «Ha caído por el pueblo y por la Patria», se le comunicó a la novia.

Además del grupo de viejos sabuesos y de jóvenes continuadores, tenemos todavía al solitario Kügler, sentado en la mesita cercana a la puerta del baño, con su primer oficial. Kügler, el de los laureles, el que mantiene la distancia hacia todos lados. Kügler, un honorable caballero de las profundidades, un fervoroso creyente de la gran victoria final. Mirada azul acerada, porte orgulloso. Ni un gramo de grasa de más; un perfecto ejemplar de la raza aria. Con los índices se tapa los oídos cada vez que quiere dejar de oír las estupideces de los cínicos que lo rodean.

El médico de la flotilla ocupa la mesa de al lado. También él esté en una situación especial. Su cerebro es un depósito de obscenidades; por eso le dicen «el sucio».

Con sus treinta años, el médico se ha ganado el respeto de todos: en su tercer viaje tuvo que tomar el comando de la nave y devolverla a casa, después de ser atacados concéntricamente por dos aviones, con el comandante muerto y los dos oficiales malheridos sobre las cuchetas.

—¿Es que no hubo hoy ningún éxito? ¿Es esto un velatorio? —grita ahora— ¿Dónde estamos?

—¿No te alcanza el ruido? —chilla el viejo y sigue bebiendo.

Monique parece haber entendido al médico de la flotilla: toma el micrófono tan cerca de sus labios que da la impresión de querer lamerlo; con la mano izquierda bambolea un ramo de plumas violetas y grita con voz ronca:

—*J'attendrai, le jour et la nuit!*

Con la escobilla el percusionista desparrama harina sobre el parche.

Chillidos, gritos y suspiros; Monique dramatiza la canción con contoneos y movimientos de sus pechos opulentos, de destellos blanco—azulados, con el movimiento temblequeante de su traste y con los adornos de su ramo de plumas. Lo sostiene detrás de la nuca mientras con la otra mano golpetea sus labios pintarrajeados, como una india... Las plumas pasan entonces por entre sus piernas mientras ella gira los ojos hacia arriba; las acaricia suavemente, estremece sus caderas en dirección de las plumas, a las que lleva nuevamente hacia arriba, las baña con su aliento, los labios carnosos...

De repente, guiña un ojo hacia la puerta del local ¡Ah, el jefe de la flotilla y su ayudante! Más de un guiño no vale la pena, considerando esa larga figura de cabeza pequeña con aires de estudiante. A su vez, el jefe no condesciende siquiera a una sonrisa de comprensión, sino que lanza una mirada por todo el salón, como si buscara una segunda salida que le permitiera pasar por ahí rápidamente y desapercibido.

—¡Oh, qué gran visita se mezcla entre la bajeza del pueblo! —el grito de Trumann, un tipo de la vieja guardia, se mezcla con los suspiros de Monique. Ahora se dirige directamente al jefe, ya apoltronado en su sillón—: ¿Y, viejo azteca? A veces hay que bajar al frente de batalla, ¿eh? ¡Ven, aquí hay un hermoso lugar! ¡Se ve todo el paisaje, desde

arriba!... ¿Cómo, no quieres? Está bien, cada uno a su manera... si puede.

Como siempre, Trumann está completamente borracho. Su pelo negro y rizado ya se entremezcla con el color de las cenizas del cigarrillo. En cualquier momento puede explotar, nunca se sabe. También lleva la Orden.

El submarino de Trumann es conocido como «el submarino de fuego». Desde su quinto viaje quedó marcado por una mala suerte legendaria: no volvió a estar nunca más de una semana en el mar. «Volver arrastrándose sobre las rótulas o sobre las tetillas», como él mismo dice, se ha convertido en rutina para Trumann. Siempre lo descubren cuando sale hacia el campo de operaciones y lo bombardean; continuamente lo persiguen los problemas mecánicos; ya no hay ninguna oportunidad para Trumann y su tripulación. Todo el mundo se pregunta en silencio cómo es que ellos aguantan todavía los golpes y la desesperante falta de éxitos.

El intérprete de la armónica mira fijamente hacia adelante, como si estuviera en trance; al mulato sólo se lo ve desde el tercer botón de la camisa, escondido como está detrás de su tambor; tiene que tratarse de un enano, o bien está sentado sobre un taburete muy bajo. Monique pone su cara de pescado más lograda y redonda, y bosteza en el micrófono: —*In my solitude...*

Trumann se inclina hacia adelante y grita:

—¡Ayuda, veneno!

Monique se interrumpe. Trumann rema con sus brazos hasta lograr incorporarse a medias y chilla:

—¡Esta mujer es un lanzallamas ! ¡Tiene que haberse comido toda una ristra de ajos! ¡Oh, Dioos!

Aparece el ingeniero de Trumann, August Mayerhofer. Desde que lleva en la chaqueta la Cruz Alemana, se lo llama «August, el del huevo frito».

—¿Y, qué tal el burdel? —le grita Trumann— ¿Te descargaste? Siempre es bueno eso... Tu viejo papá Trumann tie-

ne que saberlo, ¿comprendes?

Se ponen a cantar a dúo; el médico de la flotilla los dirige con una botella.

Alrededor de la gran mesa junto al estrado, que por acuerdo tácito está reservada para la camada de los viejos, están sentados —o colgados— en los sillones de cuero, más o menos borrachos unos que otros, los camaradas del viejo: Kupsch y Stackmann, los «hermanos siameses», Merkel, Keller, llamado «el viejo de piedra», Kortmann, al que llaman «el indio».

Todos ellos son hombres envejecidos prematuramente, gladiadores del mar, que aparentan frialdad a pesar de que conocen cuán comprometida es su situación. Pueden estar sentados por horas en sus sillones con miradas que nada dicen, casi inmóviles; en cambio, no son capaces de sostener sus vasos sin un temblor.

Todos ellos tienen más de media docena de viajes peligrosos en su haber, de las más extremas pruebas para sus nervios, torturas de alto grado, situaciones sin salida, de las que sólo consiguieron emerger victoriosos gracias a algún extraño milagro. No hay entre ellos ninguno que no haya vuelto alguna vez con el submarino maltrecho, casi contra toda probabilidad de éxito; pero cada vez que la desgracia los sorprendía, allí estaban ellos, rectos como un palo, como si la situación no fuera nada especial.

Y es eso justamente lo que se les exige. Llorar y castañetear los dientes no está permitido. Todo aquel que tenga pegados al cuerpo la cabeza y las cuatro extremidades, es considerado apto; de otra manera, hace tiempo ya que los submarinos del frente deberían estar a cargo de gente sin experiencia, sin historia; pero desgraciadamente, los novatos inexpertos no son, ni con mucho, tan capaces como los viejos comandantes; y éstos a su vez hacen lo imposible por no desprenderse de sus oficiales, que alguna vez pasarán a ser comandantes.

Endrass, por ejemplo, no tendría que haber vuelto a salir, por lo menos en su estado; ése sí que estaba mal; pero los de arriba parecen ciegos; no se dan cuenta de cuándo uno está realmente acabado. ¿O no son los ases, los viejos ases, los que traen los éxitos a casa?

La orquesta deja de tocar. Nuevamente puedo oír trozos de conversación.

—¿Dónde está Kallmann en realidad?

—Ese es seguro que no viene.

—Y bueno, se comprende.

Kallmann regresó hace tres días, con tres banderines en su periscopio destartalado: tres buques; al último lo hundió en las aguas bajas de la costa, con el cañón. «Se tragó más de cien blancos», comentó Kallmann; habían tenido mar duro, además.

Kallmann parecía Jesús en la cruz, con sus mejillas hundidas y el pelo rubio y duro; se retorció las manos, como si eso le fuera necesario para poder hablar con los demás.

Nosotros oíamos en tensión lo que nos contaba, nuestra inseguridad nos renovaba el interés. ¿Cuándo preguntaría lo que nos daba miedo contestar?

Al terminar su informe, dejó de retorcerse las manos; se quedó sentado, inmóvil, con los codos apoyados y las manos entrecruzadas; y ahora preguntaba, la mirada más allá de nosotros, con un aire de forzada indiferencia en la voz:

—¿Qué pasa con Bartel?

Nadie contestó. El jefe de la flotilla dejó caer la cabeza hacia adelante, apenas un milímetro.

—Ajá... bueno, me lo imaginé al no recibir de él más comunicaciones por la radio. —Un minuto de silencio, luego preguntó exigente—: ¿Pero no se sabe nada?

—¡No!

—¿Hay aún alguna posibilidad?

—¡No!

Las colillas colgaban de los labios sin moverse.